

## EL MAESTRO

Todos, pero yo en especial, estábamos pendientes de las palabras del maestro. Cuánta sabiduría. Lo que decía era ley para los que lo escuchábamos. Su clase era de literatura, literatura universal. Sí, nos hablaba de los grandes escritores de todos los tiempos deteniéndose en los preferidos de él como Cervantes o Shakespeare pero esto no le bastaba. Con frecuencia dejaba las letras para trasladarse a los grandes pensadores, a los grandes filósofos. Dominaba a la perfección desde Aristóteles pasando por Kant y Hegel hasta los últimos del este iniciado siglo XXI. Las matemáticas eran su fuerte. Aún los escritos los trasladaba a fórmulas numéricas. Nos hacía notar que la secuencia matemática de las letras y palabras de Cervantes llevaban un orden cósmico igual que la circunvalación de los planetas. Fíjense, nos pedía, como la vocal A tiene un ritmo muy diferente a las demás vocales. La A es cíclica, envolvente. “El Quijote de” no tiene una sola A, en cambio “la Mancha” está formada por puras vocales iguales. A A A ¿Se dan cuenta de la importancia de las matemáticas en la literatura? Escuchen otra vez el título de la obra de Cervantes: “El Quijote de la Mancha” Aíslen las vocales: E I O E E seguido de A A A. Tres veces la letra E y tres la letra A. En cambio I se utiliza una sola vez lo mismo que la letra O. Esto es fundamental para entender a fondo esta obra. I O, o sea io, yo, se encuentra protegido por las ees y las aes.

Qué difícil fue para mí contar todas las letras aes del Quijote. Cuando iba por la página 231 veía con rabia que me equivocaba, que perdía el número. Y tenía que volver a empezar. Tenía que ser estricta en mi trabajo tal como lo exigía nuestro maestro. No me faltaron ganas de trasladar todo el escrito a mi computadora pues ella se encargaría con sólo un golpe de tecla de contar todas las vocales que existen en la obra. De la

letra a hay tantos miles, de la e tantos y así con todas las letras. Pero eso no es fácil. Escaneé las primeras páginas, no pasaron bien. Empecé a copiar hoja por hoja. A la semana no había llegado a la 30. No soy muy hábil escribiendo.

¿Ya terminó su trabajo? Me preguntó el maestro. El era el único en la facultad que me trataba de usted y también era al único que yo le contestaba de la misma manera. Con los demás nos tuteamos y hasta nos decimos de cosas. Con él, no. Ni pensarlo.

No, maestro, confesé. Y no es por falta de ganas. Cada día dedico horas y horas a contar las letras aes del Quijote y no me salen las cuentas. Ya me estoy volviendo loca.

Mire jovencita, veo su interés. Venga a mi casa y yo la ayudaré a que llegue al fin de su trabajo. ¿Está de acuerdo?

Cómo no iba a estar de acuerdo. Para mí era un alto honor poder ir a la casa del maestro. Mis padres me felicitaron. Mis compañeros me envidiaron.

Y ahí voy. El maestro me recibió vestido más informal que en la clase, me invitó a pasar a su sala. Me ofreció y me sirvió una copa. Me dijo si no me molestaba que pusiera música. El siempre trabaja con música. Puso a Vivaldi.

¿Empezamos?, pregunté al tiempo que sacaba de mi bolsa mi Quijote. Dijo que sí y se levantó a bajar la intensidad de la luz. Me molesta, dijo. Yo sonreí. Se sentó junto a mí. Cuando iba en el número 123 de las aes me acarició una pierna, en el número 214 la otra, en el 310 puso su mano en mi pecho.

Mientras hacíamos el amor el maestro empezó a jadear y a decir, casi ahogándose A A A A. Conté todas las veces que dijo esa letra. Fueron 38 veces. ¿Será éste un número importante en el movimiento de los astros?

La semana entrante en que regrese a su casa para seguir el trabajo se lo preguntaré. Por lo tanto sigo pendiente de sus palabras en la clase.

Tomás Urtusástegui

Sept 2007